



5 de mayo 2024

05/001

Al Clero, Monásticos, y Fieles de la Iglesia Ortodoxa en América,

Mis amados Hijos en el Señor,

**¡CRISTO HA RESUCITADO!
¡EN VERDAD, HA RESUCITADO!**



Ahora todo está lleno de luz, el cielo y la tierra y los abismos, festeje pues, toda la creación la resurrección de Cristo en quién tenemos nuestra fuerza. (San Juan Damasceno, Canon Pascual, Oda Tres)

Hoy saludamos la fiesta más radiante de todas las fiestas. la reina y señora, la Pascua de Cristo nuestro Dios verdadero. En la luz de la Resurrección, entrevemos el gozo verdadero e eterno de la vida venidera.

Para ser franco, aun en este día santo y escogido de la fiesta luminosa, mi corazón siente pesadumbre cuando veo guerras y terrorismo en el mundo, junto con la encarcelación injusta y la persecución, conflicto civil, y divisiones políticas. En verdad, «los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de habitaciones de violencia» (Sal. 73:20). Este mundo, con sus varios conflictos, les presenta a los Cristianos una tentación tripartita cuando vemos esta multitud de «lugares tenebrosos» -- nos tienta a desesperarnos, nos tienta a aceptar la indiferencia, y nos tienta a conformar y subordinar nuestra santa fe Ortodoxa y Cristiana a algún programa o ideología de este mundo.

Sin embargo, con su Pascua, Cristo nos ofrece una respuesta distinta -- una esperanza más allá de este mundo, pero a la vez ya presente en este mundo. Como cantamos en el Canon Pascual de San Juan Damasceno, todo se llena con la luz de la Resurrección, aun los abismos. La vida ha brotado de la tumba, y una luz ha resplandecido en la oscuridad (Juan 1.5)

Vivimos en un mundo con problemas verdaderos, tristeza verdadera, dolor verdadero. El Señor se bajó a este mundo y se hizo «varón de dolores, experimentado en quebranto,» (Is. 53:3) y se sintió dolor en su corazón--en la noche en que fue entregado, Su alma estaba «muy triste, hasta la muerte» (Mt. 26.38)--y también en Su carne. Pero de este dolor, el Señor realiza la curación. De la tristeza, Él crea

una fuente incorruptible de gozo. Él sí murió, pero ahora vive para siempre, y nos ofrece a nosotros esa misma esperanza -- la vida eterna.

Y esa vida eterna que Él ofrece no es simplemente una extensión de la vida de este mundo, con sus altibajos, sus tristezas y gozos, sus pecados y manías y accidentes. Al contrario, nos ofrece la vida abundante, la vida verdadera, por restaurar nuestra comunión con Dios, la Fuente de nuestra vida.

Esta vida verdadera e incorruptible, una vida de confianza y amor y gozo constante, no estará disponible solo el siglo venidero. En cualquier momento en que creamos en Cristo y su Resurrección y aceptamos el gozo de su Pascua, ya experimentamos, por medio de la fe y la esperanza, una anticipación de esa vida -- una vida libre del miedo del sufrimiento o la muerte, que solo considera la tristeza como una fuente de gozo, porque Cristo, el Varón de Dolores, está presente, aun en la tristeza, y está listo para acercarse a nosotros en una unión de amor.

Por eso, el santo salmista escribió, “Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba Y habitare en el extremo del mar, Aun allí me guiará tu mano, Y me asirá tu diestra” (Salm. 138.8-10).

Dondequiera que estemos, y cualesquiera sean los problemas que experimentamos en la vida, Cualquiera sean las dificultades que enfrenamos en este mundo, Cristo está ahí con nosotros, sufriendo con nosotros en nuestro sufrimiento, ofreciéndonos la esperanza de la felicidad sin límite de Su Pascua, e invitándonos a estar aquí en este mundo pero no de este mundo, haciéndonos tesoros de toda la esperanza de nuestros corazones y guardándolos con Él, en el Reino que no tiene fin, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan (Mt. 6.20).

Que Él que Resucitó de entre los muertos al tercer día, y así, encendió la luz de la esperanza por todo el mundo, siempre brille sobre nuestros corazones con la luz Pascual, llenándonos con un deseo que nos da el gozo, un deseo por las cosas buenas en el porvenir, y cambiando todas nuestras dificultades y preocupaciones a las oportunidades por la esperanza y la confianza.

A Él, el Señor Resucitado, sea toda gloria y adoración, junto con su Padre y su Espíritu Santísimo, ahora y siempre, ¡y por los siglos de los siglos!

Suyo en el Cristo Resucitado,



+TIKHON

Arzobispo de Washington

Metropolitano de Toda América y Canadá